

COMO LOS NUDOS DE UNA RED.

Introducción. Una imagen que me ayuda a entender la fuerza de las relaciones humanas en nuestro camino de la vida es la imagen de una red. Los hilos que la forman son finos y frágiles, pero cuando se entrelazan en los diferentes nudos, logran crear una capacidad de resistencia que multiplica la capacidad de resistencia que tendría el hilo por sí solo. Y sirve para entender la fuerza de lo colectivo, de lo unido, frente al aislamiento y la soledad. Es verdad que hay redes que atrapan, que «enredan», que entorpecen el camino. Pero hay redes que salvan, que protegen, que aseguran. Sino que se lo pregunten al trapeceista de un circo.

Los nudos son los espacios que dejamos en nuestra vida a la acción que los demás tienen sobre nosotros, los compromisos, las responsabilidades compartidas. Es necesario para recorrer el camino diario estar rodeados de personas que sabes que no te van a soltar. Que el amor ha asociado a nuestra vida, y que con su fortaleza, sostienen nuestras vidas cuando están a punto de caer, cuando más frágiles nos sentimos, cuando no encontramos salidas a nuestros pasos. Cuando más fuertes y capaces nos sentimos menos necesitamos a los demás. En cambio, cuando somos conscientes de nuestra pobreza, y cuando el cansancio aprieta, qué gratitud provoca encontrar una mano amiga que nos conforte y nos anime seguir.

Lo que Dios nos dice. Las diferentes redes que configuran nuestra vida son más fuertes y sólidas en la medida que el proyecto que nos une está claro, y se vuelve un objetivo compartido. Cuando en una familia hay claridad sobre la dirección que le queremos dar a nuestra vida la familia más sólida se muestra. En cuántos casos he sido testigo de cómo una dificultad, una enfermedad, una mala racha económica, se ha convertido en ocasión para sentir con más fuerza el poder que tiene la presencia del otro junto a nosotros. En cambio cuando se debilitan los proyectos, cuando no hay objetivo común, cuando los intereses particulares son más fuertes que el bien común se desintegra la red, se rompe por el punto más débil, y se deshilacha.

Por eso el tiempo de cuaresma se vuelve ocasión privilegiada para que revisemos los objetivos, para que volvamos a mirar en la misma dirección. Para que alcemos la mirada de nuestros proyectos cortoplacistas, y fortalezcamos los lazos que nos hacen más fuertes.

“¿No decís vosotros que faltan cuatro meses para la siega? Pues yo os digo: levantad la vista y observad los campos clareando ya para la cosecha. El segador ya está recibiendo su salario y cosechando fruto para la vida eterna; así lo celebran sembrador y segador. De ese modo se cumple el refrán: uno siembra y otro siega. Yo os he enviado a cosechar donde no habéis trabajado. Otros han trabajado y vosotros habéis entrado a aprovecharos de sus trabajos.” Jn 4,35-38.

Levantar la mirada es cada vez más necesario, porque siento que los problemas diarios, «mis» realizaciones, «mis» sueños, y «mis» deseos, «mis» sufrimientos y «mis» tristezas nos hacen olvidar que por encima de mí hay otros, que forman parte de lo que soy. No somos islas, en la historia de amor que es cada una de nuestras vidas, han escrito, han moldeado, han influido cantidad de personas, a las que ciertamente, si no soy consciente de la herencia que han dejado en mí, nunca se lo agradeceré.

Somos el amor recibido, y ahí se abre una lista innumerable de personas que de un modo u otro nos han regalado lo mejor que tenían. Familia, con todos sus límites, y fallos, pero con la innegable autenticidad de cuidarnos lo mejor que sabían. Los amigos, con sus imperfecciones, pero son reales y son los nuestros. El personal docente, que día a día con lo que cuesta, han intentado darnos conocimiento y sabiduría. Los compañeros de colegio, de instituto, de universidad, las risas, las fiestas, los amores, los desamores, las aventuras, los fracasos. Somos la bibliografía que hemos leído, los comics, las novelas, los ensayos. Somos la banda sonora, la belleza de los artistas, las obras de arte que nos han hecho estremecer. Somos los hombros que nos han dejado apoyarnos, los clínex que nos han dejado para llorar y secarnos las lágrimas, las confidencias que hemos compartido. Las debilidades confesadas que no han sido ni juzgadas ni rechazadas.

“Pero ahora apartad también vosotros de la boca todo eso: cólera, ira, malicia, maledicencia, obscenidades. No os mintáis unos a otros, pues os habéis despojado de la vieja condición con sus prácticas y habéis revestido la nueva, que por el conocimiento se va renovando a imagen de su Creador. En la cual no se distinguen griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro y escita, esclavo y libre, sino que el Mesías lo es todo para todos. Por tanto, como elegidos de Dios, consagrados y amados, revestíos de compasión entrañable, amabilidad, humildad, modestia, paciencia; soportaos mutuamente; perdonaos si alguien tiene queja de otro; como el Señor los ha perdonado, así también haced vosotros. Y por encima de todo el amor, que es el broche de la perfección. Actúe de árbitro en vuestra mente la paz del Mesías, a la que habéis sido llamados para formar un cuerpo. Sed agradecidos.” Col 3,8-15.

Es tanto lo que somos capaces de compartirnos que es una verdadera lástima crear climas de intolerancia, de confrontación, de hostilidad, de ir radicalizando posturas. Yo no creo en las ideologías, ni en las siglas. Creo en las personas. Y creo en su capacidad de amar, porque compartimos identidad. Son mis hermanos y mis hermanas, profesen el credo que profesen, tengan la orientación sexual que tengan, se disfracen de lo que se disfracen. Y si levantáramos más la mirada, y mi horizonte fuerza hacer un mundo más justo, más humano, y más fraterno, no gastaríamos tanta fuerza en ir reivindicando cada uno lo nuestro.

Cómo podemos vivirlo. Es tiempo de fortalecer los nudos que nos hacen más fuertes, más creativos, más comprometidos. Pero no para abrir conflictos, sino para anunciar la bondad y el amor de Dios. Que nos ha hecho imagen y semejanza suya. Que cuanto más humanos somos, y más nos comprometemos con las causas humanas, más se refleja en nosotros, la gloria de nuestro Dios.